

**PRINCIPIO X.** El niño debe ser protegido contra las prácticas que puedan fomentar la discriminación racial, religiosa o de cualquier otra índole. Debe ser educado en un espíritu de comprensión, tolerancia, amistad entre los pueblos, paz y fraternidad universal, y con plena conciencia de que debe consagrar sus energías y aptitudes al servicio de sus semejantes.



**10 Derecho a formarse en un espíritu de solidaridad, comprensión, amistad y justicia entre los pueblos.**

## 10 / ROLE-PLAYING



**Objetivo:** *Todo el mundo ha vivido en su propia carne la dureza de muchos principios que se proclaman abiertamente. El hablar de «comprensión», «tolerancia», «amistad entre los pueblos» es algo que admitimos gustosamente. Pero cuando nos toca de cerca —un hijo— que rompe algún modo con nuestro estilo y costumbres, se va de casa, vive otro estilo de vida «a la europea», y «a la americana», se nos hace cuesta arriba todo intento de comprensión y difícilmente admitimos una frase tan bella como la defendida en este derecho n.º 10: «debe consagrar sus energías al servicio de sus semejantes». Ante todo, decimos, la familia. Después, los demás, el mundo entero. Hay testimonios, como el que aquí ponemos, sugerentes: un modo de marcharse de casa y volver con una nueva experiencia de la que se beneficiarán, ante todo, también los propios padres.*

**Método:** *Se trata de realizar un ROLE-PLAYING con situaciones reales y cuya solución va a intentarla el mismo grupo.*

- 1) *Leer el relato contenido en esta carta.*
- 2) *Presentar luego espontáneamente algún caso de un chico/a que se encuentre en situación parecida o que presente un problema para discusión «en vivo».*
- 3) *Que cada uno tome un papel («rol») y diga sinceramente qué haría en cada caso. Luego que cada uno intente jugar («playing») simulando, participando su propia decisión sobre el caso.*

# **CARTA DE UNA VIDA**

«Aunque 200 km. de distancia no suponen un problema insoluble de transporte, pueden ser una barrera casi infranqueable entre dos seres. Tu sabes, padre, que nuestras relaciones, si bien nunca llegaron a estallar, si bien no se produjo un corte irreparable, eran tensas y a todas luces no-cordiales. No había una verdadera comunicación padre-hijo. Sabes que yo te reprochaba tu autoritarismo; gustaba de preguntar el porqué de todas tus órdenes, de tus consejos. Y esto te molestaba. Desde pequeño he sido independiente y me gustaba tener una cierta autonomía, de la que no podía disfrutar en mi vida en casa. Sé también que mamá sufría. Sus esfuerzos por lograr un entendimiento eran evidentes. Pero lo nuestro no eran enfados, o berrinches. Era un conflicto entre caracteres y ninguno, además, éramos lo suficiente hombre para dar nuestro brazo a torcer. «Un hombre nunca retrocede», decías, y era una de las pocas cosas en que coincidíamos, si bien ahora me doy cuenta de que los dos estábamos equivocados. Mis ideas de la libertad eran totalmente opuestas a las tuyas. Siempre me he preguntado por qué los campesinos sois siempre conservadores. Tal vez sea lo único que no cambia lo vuestro, la tierra, que existe y es así desde miles de años atrás y queréis permanecer inmóviles como ella. Ciertamente que tu nos imponías a todos, desde mamá hasta el pequeño Luis, tu autoridad, pero mamá callaba porque le parecía normal y mis hermanos por miedo. «Cuando seas padre comerás huevos» era otra de tus frases preferidas, que por supuesto yo no aceptaba y ello me costó, más de una vez, palizas. Pero debes comprenderlo, no era capaz de someterme a un poder que no explicaba sus decisiones y que las imponía por la fuerza.

Pero no es este el motivo de mi carta, el remover el pasado, si bien he escrito esto porque quiero desde el principio poner las cosas claras y ser lo más sincero posible con vosotros.

Durante estos dos años no nos hemos comunicado apenas (no es para mí comunicarse, escribir unas cartitas tontas y vacías a mamá). La culpa, ha sido de los dos que hemos preferido conservar nuestra idiosincrasia, sin renunciar ni a un ápice de nuestros temperamentos en favor del entendimiento. Creo que ha llegado la hora de esas renunciaciones. He meditado mucho sobre ello. Me han animado a dar este paso esos muchachos con los que vivo, que son para ti locos, vagos, pero de los que te puedo asegurar son en realidad mucho más razonables y abiertos que la mayoría de vosotros. Al fin me he decidido a dar yo el primer paso y quiero pedirlos en este escrito que me permitáis pasar algún tiempo de verano en casa, en esa que aún considero mi casa, porque en ella me crié y en ella se guardan todos los recuerdos de mi pasado, gratos los más, he de reconocerlo.

En este clima de serenidad y de respeto en el que espero que se desenvuelvan a partir de ahora nuestras relaciones, quiero comenzar por explicaros lo que he hecho en estos dos años, desde que me fui de ahí. Reconoceréis en todas mis actuaciones a aquel hijo vuestro, díscolo y rebelde, aquel muchacho replicón, pero sincero y poco rencoroso, aquel que era capaz de dejar escapar los topillos que quedaron al descubierto al arar el campo de la vía, o que gustaba de observar largas horas a los pájaros en el nido y luego dejarlos en paz... Pero también he cambiado algo.

Cuando vine a la Universidad creí hacerlo con plena responsabilidad, creí que era una decisión meditada y personal, sin darme cuenta de que era sólo el producto, el fruto de lo que habíais sembrado en mí desde que de pequeño sacaba buenas notas en la escuela. «Este muchacho vale para estudiar», y soñábais en tenerme, convertido en un médico, a vuestro lado en el pueblo. Quizás érais egoístas en eso, pero sé comprenderlo porque ahora creo conocer más a las personas, y sobre todo me voy dando cuenta de lo que son los sentimientos de un padre.

Creía, pues, que seguía mi camino, cuando vine a estudiar medicina. Pronto me di cuenta de que no era así. Me daba miedo la sangre (¿recordáis que era incapaz de ver a mamá matar las gallinas?) y en suma no me interesaban ese (ni otro) tipo de estudios. Entonces, mientras aún estudiaba, fui meditando sobre mi verdadera vocación. El clima de la Universidad, más despreocupado y frívolo, no influyó para nada en la resolución final. Fue algo que sentía. Busqué un empleo y me puse a trabajar. Aún en el tiempo libre continuaba intentando estudiar, pero

no lo conseguía. Constantemente me asaltaba la idea de la inutilidad de mi esfuerzo y de que estaba encarrilando mi vida hacia una situación que no deseaba para mí. Y vuelvo a recalcar que nadie ni nada influyó en mi decisión. Es más, muchos me aconsejaban seguir aprovechándome de vuestros envíos de dinero, para ir viviendo sin estudiar ni trabajar. Pero preferí seguir los designios de mi propio yo y me dediqué al trabajo. Cuando os lo dije, en una carta, me parece que fui muy brusco: «Ya no necesito de vuestro dinero. Me he colocado y puedo bastarme por mí mismo». Era una carta impulsiva y alocada. No os daba explicaciones y comprendo la airada respuesta de papá: «Hijo nuestro no es más que aquél que nos obedece hasta que hayamos hecho de él un hombre de provecho. El que, oyendo nuestras órdenes, hace caso omiso, no es considerado por nosotros como tal». No hice caso porque estaba convencido de que hacía lo que de veras me gustaba. Sólo me escribía con mamá pero nuestras cartas eran una sucesión de tonterías: «¿Cómo os encontráis? Yo bien, a Dios gracias. El tiempo es espléndido...». Nada.

Ahora, y desde entonces, vivo en un piso alquilado con otros dos chicos y dos chicas. Ellos, como yo, han renunciado a la carrera para poder ser más ellos mismos. Todos tenemos aficiones comunes: la lectura, la música. Raúl ha escrito algo sobre la pesca para un periódico; Susana y Oscar, que forman una magnífica pareja, están esperando un hijo y están pensando cómo solucionar el problema de atender al trabajo y al niño. Yo también escribo algo. Algún día, tal vez, leáis mi diario. Pero antes de que ese día llegue puedo ya anticiparos que he hecho, y no me pesa, mucho de los que vosotros consideráis antisocial e inmoral. En el cuaderno hay páginas dedicadas a describir los estados mentales en los que te introduce la droga. Sí; la droga. No fuerte, claro. Un pitillo de marihuana o de hachís, (es un mundo nuevo). El sopor inicial y los mareos, son sólo el presagio de una maravillosa lucidez, de un momento en el que no hay límite a la imaginación, en el que todo es posible, en el que el mundo es perfecto. La depresión que sigue a este estado es obvia. Te das cuenta de que no vives en ese mundo y eso lleva a muchos a cometer locuras. Pero sí, como debe ocurrir, la cordura es mayor y esos momentos de evasión te ayudan luego a trabajar por mejorar este mundo podrido, la droga es positiva. Y siento que para mí lo ha sido. Y no importa el tiempo que tardemos en cambiarlo ¿cien años? ¿mil? No importa. Alguien vendrá después de ti a continuar tus intentos. El tiempo no es problema.

También están registrados en esa libretita los momentos de ocio, las ideas que vienen de pronto a la mente y luego se van, los recuerdos de días tristes y aburridos, las imágenes y las palabras que crea la música en el cerebro, la expresión de un placer, o de un deseo, o de unas ganas de morir. O unas poesías. Todo lo que en suma, puede salir de la mente de un hombre al que le basta con lo que gana en seis horas de trabajo diarias y dedica el resto —hasta 24— a conocerse más a sí mismo.

Todo eso es de lo que me hubiera privado si siguiera por el camino de la «honorabilidad» y de la «sensatez» hacia la consecución del título de medicina. Y el que me sienta, ya desde hace dos años, dichoso, entre mis amigos y a solas conmigo mismo, creo que prueba, sin necesidad de otros datos, la validez del modo de vida que he escogido.

Espero que nos veremos en el verano. Tras dos años de trabajo sin faltar un sólo día, tengo derecho a un mes de descanso y quiero, siento la necesidad, por primera vez en estos dos años, de veros, y de sentirme hijo y de abrazar a los seres que me dieron la vida. Una vida que estimo, merece ser vivida, sólo si se vive de verdad como se siente.

Creo que no son muy difíciles de comprender mis motivaciones; que no lo son tampoco para vosotros. Sí; es cierto, no soy lo que vosotros consideráis normal, pero podéis creerme, que soy sincero cuando digo, expresándome por completo, que «SOY FELIZ». Lo único que me falta es la comprensión y el amor de unos padres. Y es lo único que os pido. Os necesito.

Andrés